

Corea del norte. La cotidianidad del mal

«Al ciudadano [...] no le está permitido saber nada de los principios de las otras dos filosofías, pero le enseñan a aborrecerlas como bárbaras atrocidades sobre la moralidad y el sentido común» (G. ORWELL, 1984).

En los últimos meses el hermético régimen de Pyongyang ha vuelto a ser noticia por la escalada de inseguridad que ha provocado en toda la región Asia-Pacífico. Todo ello fruto del constante alarde de un creciente poderío militar, materializado en el lanzamiento de distintos misiles de prueba sobre el mar del Japón, en un proceso que ha culminado con el test nuclear del pasado tres de septiembre. Tras acreditarse las crecientes capacidades ofensivas del país, sus medios de comunicación lanzaron a Estados Unidos el ominoso mensaje de disponer aún de “regalos” más mortíferos en la recámara. Los líderes de Corea del Norte han elegido con sumo cuidado el momento en el que tensar sus relaciones con Occidente, justo cuando —con la llegada al poder de Donald Trump en Estados Unidos— la capacidad para un auténtico liderazgo de ese país está más reducida, y su legitimidad para ejercer de policía global, más discutida.

Las algaradas dialécticas, sustentadas por el exhibicionismo militar, son el cualquier caso un continuo en la historia de Corea del Norte, sobre todo desde el colapso de la Unión Soviética y el creciente aislamiento del régimen de los Kim. El país fue siempre una *rara avis*, incluso en el pintoresco archipiélago de regímenes personalistas auspiciados o tolerados por la Unión Soviética en todo el planeta. Corea ha sido siempre, en efecto, un caso aparte. No en vano, si

seguimos las definiciones planteadas por el eminentemente sociólogo Juan Linz, y su clasificación de los regímenes no democráticos, Corea del Norte es quizás el único estado auténticamente totalitario que existe hoy en día en el seno de la comunidad global. Y como en tantas ocasiones todo ello es coetáneo de la conflictiva historia del siglo xx, a través de la cual la península de Corea se convirtió en un solar destacado en el que florecieron la tiranía, la expansión imperial, la guerra y la inestable paz; y los desajustes de la Guerra Fría.

I. Un siglo xx dramático

Si podemos buscar un comienzo a la atribulada historia reciente de la península de Corea, debemos retroceder a 1910 y la invasión del territorio por parte del pujante Japón Meiji. Se inauguraba un periodo oscuro, jalonado por un imperialismo cultural rampante, constantes violaciones de los derechos humanos, y sumisión en todos los órdenes a los nuevos amos. Aquella invasión no era sino la primera de muchas que habrían de sustentar el expansionismo japonés en toda la cuenca del este asiático, y que culminan con la llegada de la II Guerra Mundial a esa parte del mundo, tras el bombardeo de Pearl Harbor. En 1945 Corea era liberada por tropas soviéticas y estadounidenses. Siguiendo un *modus operandi* que recuerda al de la partición alemana tras la Guerra Mundial, la península quedó dividida en dos zonas de influencia determinadas por el paralelo 38. Desde ese momento, norte y sur seguirían dinámicas internas propias, pero divergentes.

En el norte, bajo el auspicio de la Unión Soviética, en 1948 se proclamaba la independencia de una república popular, bajo el liderazgo de Kim Il-Sung, aparentemente un destacado líder partisano de los años de lucha contra los japoneses. Y decimos aparentemente con toda intención. Hoy en día es tan difícil separar la leyenda de elaboración estatal en torno a Kim, de los datos ciertos sobre su biografía. Incluso se especula con el carácter oportunista de su liderazgo. Kim según algunos habría suplantado el nombre y prestigio de un destacado guerrillero, usando su fama para sustentar su acceso

al poder. Sea como fuere, en 1948 la península de Corea se encontró con la proclamación de un régimen filo-soviético al norte, y con la elección de Syngman Rhee como presidente de la mitad sur de península. Rhee era un anticomunista militante y convencido. Todo estaba dispuesto para una escalada de paranoia que culminó con la invasión del sur por parte del norte en 1945, con el objeto de unificar la península bajo el liderazgo de Kim, y conjurar el peligro de una supuesta invasión capitalista del *plácido* norte. Con la Guerra de Corea (1950-1953), la Guerra Fría se convertía por primera vez en caliente. El conflicto acabaría implicando a los Estados Unidos y a sus Aliados, y culminaría con el desembarco en Incheon de 1950, liderado por el general Douglas MacArthur, y con el masivo contraataque del ejército popular chino, que tuvo lugar pocos meses más tarde. La guerra culminaría en tablas a efectos del reparto territorial, y con la frontera entre las dos Coreas convertida en una lacerante herida, en forma de la famosa zona desmilitarizada. Una franja de apenas cuatro kilómetros que separa los dos países, y una de las mayores concentraciones de armamento de todo el planeta.

2. **Apoteosis del totalitarismo**

Al norte, hermética, misteriosa y cerrada en sí misma, quedaba Corea del Norte. Bajo el liderazgo de Kim, el país desarrollaría su propia visión del pensamiento comunista: la llamada ideología Juché, que no es sino una suma de proclamas políticas a favor de la autosuficiencia del país y del carácter único de su revolución. Todo ello con una incidencia fundamental de la necesidad del poderío militar, como salvaguarda de la independencia y la grandeza de un estado identificado en todas sus características con la voluntad de un Kim, elevado a la categoría de auténtica deidad. Un caudillo místico y omnisciente, dotado de poderes esotéricos y de capacidades sobrehumanas.

Casi al compás del nacimiento de las dos coreas, George Orwell publicaba en 1949 su famosa novela *1984*. En ella el autor, imbuido del pesimismo derivado de los dramas de las guerras mundiales —y no en menor medida de nuestra Guerra Civil— describe en las

brumas del futuro a la altura del año 1984, con la consagración del estado totalitario perfecto, en el que la erradicación de la historia, del libre pensamiento, de la autonomía individual han dado paso a una sociedad monocorde y tiránica. Una suprema victoria absoluta de la dicotomía entre *el nosotros* y *el ellos*. El imperio de la tan traída y llevada posverdad: "Quien controla el presente controla el pasado y quien controla el pasado controlará el futuro".

Afortunadamente la visión pesimista del futuro que desgrana Orwell en su novela no se ha materializado en la escala global que dibuja, pero no es exagerado afirmar que la saga de los Kim ha llevado su tenebrosa descripción a un cumplimiento pleno en el pequeño estado norcoreano. Si Kim Il-Sung, presidente del país hasta 1994, inauguró un sistema en la mejor tradición de Stalin, su hijo y sucesor Kim Jong-Il elevó la dimensión de su padre a la de presidente eterno, auténtico creador de la realidad conocida y de la que él mismo no era sino el más perfecto continuador. Un titán a su altura. Ambos, estadistas formidables cuyas obras completas se aglutinan en millares de páginas de brillantez sin parangón. Héroes capaces de leer la mente de sus súbditos, y que edificaron la gran construcción del socialismo coreano para proteger a su pueblo de los dramas del imperialismo americano.

Kim Il —que gobernó hasta su muerte en 2011— en mitad de una constante orgía de lujo y exceso de su círculo íntimo (acompañada con los sufrimientos de su pueblo, en auge al ritmo del creciente aislamiento derivado de la caída del gran aliado soviético) necesitaba, en efecto, apuntalar aún con más firmeza el culto mesiánico al régimen y a la propia dinastía. Todo ello para justificar la realidad gris de las privaciones y del escrutinio de todos los pormenores de la vida. Una realidad en la que un llanto no lo suficientemente intenso, o un gesto que sugiera una mínima sintonía con lo occidental, pueden suponer el inmediato ingreso en los terribles campos de prisioneros del país. Un reino de absoluto terror ante el que palidecen otras dictaduras del siglo xx. Quizás solo en la Alemania Nazi o en la Unión Soviética de Stalin encontramos modelos de perversión semejante de la naturaleza humana.

3. Coartada nuclear

Aislado y empobrecido, el régimen ha buscado afianzar su independencia y el propio control que ejerce de la población a través de un masivo programa armamentístico. Dicho programa, aunque en ocasiones ofrece imágenes estrambóticas, que acreditan lo precario de los medios del régimen, sí ha conseguido desarrollar una capacidad tanto de disuasión como ofensiva muy digna de tenerse en cuenta. Desde 2006 el régimen ha realizado nada menos que seis pruebas nucleares, la última, hace apenas unas semanas. Y, en paralelo, ha ampliado la capacidad ofensiva de sus misiles de medio y largo recorrido. Destaca el *Hwasong-14*, el primer ICBM (misil balístico intercontinental) en sentido estricto del que dispone el país, con capacidad teórica de alcanzar Alaska y Canadá. Para su lanzamiento el régimen eligió nada menos que el 4 de julio de 2017, día de la independencia de los Estados Unidos.

Los hitos más recientes de esta escalada coinciden con la llegada al poder del tercero de los Kim, Kim Jon-un, en 2011. En el momento de su ascenso al poder podían existir dudas sobre su capacidad de mantener el *statu quo* frente a los líderes militares o a otros miembros de su familia, o esperanzas sobre la posibilidad de una tibia apertura del régimen, espoleadas por sus supuestos años de formación en Europa. Seis años más tarde, la apariencia es que el tercero de los Kim ha domeñado (con extrema brutalidad) cualquier signo de oposición interna, y que lejos de buscar un acomodo con Occidente está dispuesto a defender los rasgos definitorios del régimen en su máxima ortodoxia, frente a los tibios e inconsistentes gestos de mínima apertura al exterior de su padre en los momentos de mayor necesidad. Se especula incluso con que al joven dictador se le hayan podido practicar distintos tratamientos estéticos para destacar el parecido con su abuelo, el primer Kim, de quien su nieto sería, además —nada menos— que su reencarnación.

Pero es importante evitar que el carácter atrabiliario del liderazgo norcoreano nos distraiga de su fría y persistente racionalidad. Corea ha elegido con sumo cuidado el momento en el que tensar sus relaciones con Occidente, sobre todo con Estados Unidos. La

llegada al poder del impredecible y belicoso Donald Trump es para el régimen el momento perfecto para hacer una exhibición de fuerza, cuando el liderazgo moral de Norteamérica es más débil, y el propio pulso político del timonel, más dudoso. El régimen sabe que, con cada paso, aleja más la posibilidad de una intervención militar convencional en su territorio. Eso es lo que quiere evitar a toda costa. Seúl, y sus millones de habitantes se encuentran a tiro de las formidables baterías de corto alcance del vecino del norte, y a día de hoy es claro que Japón podría sufrir en plenitud los efectos de un contraataque, quizás devastador. Para aumentar la tensión, Pyongyang ha focalizado parte de sus bravatas dialécticas en la base militar americana en la isla de Guam. Kim Jon-un sabe que un primer ataque por su parte sería el fin de su régimen, y ese frío cálculo es el único motivo de tranquilidad que arroja toda la cuestión. Sobrevuela el tétrico escenario la realidad de un presidente impulsivo e impredecible en el Despacho Oval, acosado por escándalos de primer nivel, y por el fracaso sistémico de su equipo más cercano a la hora de gestionar responsablemente el aparato político de la Casa Blanca. La propia legitimidad de su victoria electoral está en cuestión. Con ese panorama, están los que piensan que la tentación de una guerra corta y victoriosa podría ser demasiado grande para él, si la ocasión se presenta propicia.

* * * *

El pasado 11 de septiembre, Naciones Unidas aprobó la resolución 2375 que impone a Corea sanciones económicas sin precedentes. Se trata, en cualquier caso, de medidas más matizadas que las propuestas por Estados Unidos, retiradas ante la perspectiva de un veto ruso y chino. Corea ha respondido intensificando su escalada dialéctica, aunque se ha guardado mucho de hacer referencias a Pekín o Moscú. En efecto, si impera la cordura, hemos de fiarlo todo al hartazgo de China con una Corea del Norte que tiene en el régimen de Pekín su única conexión tangible con la realidad. De China depende en gran parte el cumplimiento efectivo de las sanciones económicas de la ONU. Que los líderes chinos están crecientemente molestos con su incontrolable marioneta resulta evidente. Pero también que por ahora prefieren tener que lidiar con Kim que con los

efectos desestabilizadores que tendría su caída en toda la región. El colapso de Corea del Norte abriría la incómoda cuestión de la unificación de las dos coreas, en torno al capitalismo triunfante del sur, lo que modificaría todos los equilibrios de la región. A corto plazo podría generar una gran crisis humanitaria, con un más que posible flujo masivo de refugiados hacia China. Es un escenario que Pekín quiere naturalmente evitar. Rusia, mientras tanto, ve en esta crisis otra grieta en la política exterior de Estados Unidos sobre la que cimentar la legitimidad alternativa que se propugna desde Moscú.

Y sobre todo ello, el mayor de los dramas: el mal, absoluto y cotidiano, que se extiende al norte del paralelo 38. La realidad inapeable de veintiséis millones de personas sometidas a la peor de las tiranías, y que el curso de la historia y el cinismo de la política han descartado como un factor a tener en cuenta. Sus vidas preciosas simplemente se escurrirán —en silencio— por las cloacas del devenir del tiempo:

«No habrá risa, excepto la risa triunfal cuando se derrota a un enemigo. No habrá arte, ni literatura, ni ciencia. Cuando seamos omnipotentes no necesitaremos más ciencia. No habrá ya distinción entre la belleza y la fealdad. Todos los placeres serán destruidos» (G. ORWELL, 1984). ■

SALTERRAÉ



JOSÉ MARÍA GUIBERT

El liderazgo ignaciano

*Una senda de transformación
y sostenibilidad*

Más información, en
www.gcloyola.com

El factor humano en las organizaciones es clave para lograr los fines que se pretenden. En la espiritualidad ignaciana hay pautas propias que son muy útiles para el liderazgo y que, de hecho, permiten que miles de instituciones renueven constantemente el servicio que realizan. Estudiar las buenas prácticas de la Compañía de Jesús, una organización con casi quinientos años de historia, puede dar luz en temas tan fundamentales como la relación humana, el gobierno y el liderazgo.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
